

MONOGRÁFICO

CONOCIMIENTO EXPERTO, CONSUMO Y CUERPO: RELACIONES “EN” Y “PARA” LA HIPERMODERNIDAD

Beatriz Muñoz González. Universidad de Extremadura ¹

Resumen.- El texto analiza la relevancia del consumo y el conocimiento experto y científico como configuradores de la actual cultura física y corporal, dibujando las lógicas que en el marco de la hipermodernidad los sustentan y definen. Resalta también la íntima relación existente entre ambos en lo que denomina la marketinización del conocimiento y apunta a la publicidad y el mercado como nuevos agentes reguladores del cuerpo que contribuyen a la homogeneización cultural - en términos de extensión de una misma mentalidad adquisitiva – e invaden instituciones como la escuela. Finalmente se pregunta sobre el papel reproductor o de cambio de la escuela.

Abstract.- This paper deals with the importance that consumption and expert knowledge play in shaping current physical culture while placing them in the hypermodernity framework. The author emphasises the intimate relation between both as a marketisation of knowledge and points out that advertising and the market are the new regulating agents on the body, both of which contribute to cultural homogenisation – in terms of diffusing a particular purchasing mentality – and invading institutions such as schools. Finally she questions the role of the school as an agent of change or as an agent of social reproduction.

1. - Algunas consideraciones previas

Las páginas que continúan deben entenderse en función de mi doble condición de socióloga y de docente de sociología en la formación del profesorado de educación física². Esta matización tiene su razón de ser por cuanto condiciona las reflexiones que me dispongo a compartir a continuación: como socióloga enfatizo la relevancia que el cuerpo tiene en la configuración de las identidades en la sociedad actual y en los rasgos de esa sociedad en cuanto definidora de una particular cultura física y corporal; como docente mi interés se sitúa en el hecho de que el cuerpo sea materia curricular - de manera más o menos manifiesta, más o menos oculta - y en que aunque no pertenezca al área de educación física – el secular área del cuerpo por excelencia – yo también trabajo con cuerpos. En cualquier caso, ambas facetas son inseparables, y no me

¹ bmunoz@unex.es

² En las titulaciones de Magisterio, Ciencias del Deporte y de la Actividad Física y Curso de Aptitud Pedagógica.

resulta fácil diferenciarlas con nitidez: el cuerpo, en cuanto objeto de estudio (contenido del proceso de enseñanza aprendizaje) y en cuanto sujeto que estudia (como alumno o alumna) es un cuerpo social que incide en la docencia y sobre el cual la docencia se inscribe y es un cuerpo socializado, inserto en contextos económicos, ideológicos y culturales particulares sobre los que precisamente me dispongo a reflexionar.

Como punto de partida quiero situarme en los mismos supuestos epistemológicos y en los mismos objetivos docentes que orientan mis clases: interrogarme acerca del papel que la sociología puede desempeñar en la formación del profesorado - del de educación física - y ponerlo en relación con la reflexión sobre el cuerpo que se hace desde la sociología, lo que se concreta en un constante esfuerzo por despertar una mirada sociológica sobre el mismo muy diferente a la habitual y más extendida, la naturalista. Nada más lejos de perspectivas esencialistas y biologicistas que la sociología, de ahí que el simple hecho de abordarlo desde esta disciplina deba entenderse como una ruptura con las concepciones epistemológicas y sociales dominantes de las que participan la inmensa mayoría de mis alumnos sobre quienes quiero apuntar algunas notas.

Buena parte de ellos entran en el grupo de lo que algunos llaman “la excelencia motriz” (Barbero González, 1989), ese grupo de personas para quienes su cuerpo es fuente de elevada autoestima fruto de los éxitos escolares en materias como la educación física o el deporte escolar y extraescolar y fruto también del reconocimiento y el estatus social que de ese éxito se deriva especialmente entre su grupo de iguales aunque no sólo entre ellos. Debo añadir que en líneas generales sus cuerpos se ajustan bastante a los modelos hegemónicos y la percepción que de él tienen puede resumirse bajo la expresión “su herramienta de trabajo”. Son muchos los que conscientes de la importancia académica y social de su cuerpo centran buena parte de sus energías en cuidarlo y construirlo. Para ellos su cuerpo, en tanto que fuente de éxitos, es una realidad física – material - sobre la que pueden y deben seguir trabajando y la lectura que de él hacen es sólo biológica y mecánica, profundamente acrítica siendo esto último, con toda certeza, consecuencia de aquello y todo ello resultado de un particular contexto científico e ideológico - socio-cultural - propio de estos tiempos hipermodernos. Se sienten biológicamente “*agraciados*” y en modo alguno dudan acerca del hecho de que sus logros responden estrictamente a proyectos biográficos propios, individuales y a un mayor o menor esfuerzo según los casos.

Así las cosas, no es de extrañar, por lo tanto, que dedique varias de mis primeras clases a realizar, junto con ellos, otra lectura del cuerpo diferente a la suya que sirva de motor de arranque para un cuestionamiento de sí mismos como futuros profesionales de la educación física – sobre todo como futuros educadores - todo ello en unos contextos concretos que pueden, y probablemente deban, ser cambiados y de los cuales, muy utópicamente, me gustaría que se convirtieran en sujetos activos de cambio.

Una de mis primeras afirmaciones en el aula suele despertar, sorprendentemente, enorme interés en mis alumnos y alumnas a pesar de lo críptica que les resulta o, quizá, precisamente por ello: “*Somos cuerpo, no tenemos cuerpos, sino que somos cuerpo – suelo insistir - pero no cualquier cuerpo, somos cuerpo y significación, lo que somos – concluyo- lo somos semiótico materialmente*³”. El lector imaginará las caras de perplejidad que suelen aparecer ante mis ojos nada más decir estas palabras, pero debo añadir en mi descargo - y antes de que se me acuse de mala praxis pedagógica - que acto seguido, y con la finalidad de ilustrar y aclarar, realicé el primer ejercicio de lectura corporal que también voy realizar ahora. Consiste en leer tres tipos de cuerpos que como ejemplos pueden resultar excesivos por extremos, aunque no me cabe duda alguna acerca de su potencial ilustrativo y clarificador.

Les pido que visualicen tres imágenes de tres cuerpos: una modelo extremadamente delgada, de estas jóvenes anoréxicas que parecen lucir un trapo colgado que permite ver con todo lujo de detalles su estructura ósea; cualquier cuerpo de los que poblaban los campos de concentración nazis y, finalmente, el cuerpo de un niño africano cuya cabeza y vientre hinchados apenas permite apreciar esas extremidades que son todo hueso fruto de la hambruna. Si preguntase qué tienen en común, estoy segura de que buena parte de los lectores y lectoras respondería que la extrema delgadez consecuencia de la inanición. Sin embargo, también encontrarían al mismo tiempo, su elemento diferencial: las fotos de la hambruna, las de los campos de exterminio y las de las modelos anoréxicas nos remiten a contextos sociales muy distintos. Estos cuerpos se convierten en textos insertados en contextos. Son textos que leemos, como si de un libro se tratara, vinculados a estructuras sociales concretas, a modelos culturales hegemónicos - los que definen en cada tiempo y en cada espacio qué es bello, por ejemplo;- asociados a determinadas relaciones de poder - es decir, políticas -,

³ Para un análisis detallado y profundo de esta cuestión me remito especialmente a dos textos de Fernando García Selgas (1994, 2006) en donde profundiza sobre el concepto de encarnación, la dimensión semiótico material del cuerpo y su importancia como base del sentido de la acción social.

también a relaciones étnicas.... Remiten al sufrimiento colectivo y a estructuras económicas concretas y profundamente desiguales... La lectura de estos cuerpos no puede realizarse sólo a tenor de sus rasgos físicos, de su materialidad. No se trata de que sean cuerpos extremadamente delgados; inevitablemente son al mismo tiempo órdenes sociales y significaciones culturales y su imbricación con lo material resulta imposible de desligar; son cuerpos sociales y su lectura no puede ser otra que social, es imposible sustraerse al contexto. De algún modo son discursivos y desde luego son identitarios, no sólo de sí sino también de la sociedad en la que se insertan y a la que nos remiten. Son, a un mismo tiempo, símbolo y realidad, significado y materia, estructura social y carne.

Las líneas que continúan no tratan de los cambios en los cánones de belleza, de los modelos hegemónicos. Pretendo introducirles en algunos de los análisis que desde las ciencias sociales se realizan sobre del cuerpo y muy especialmente en el contexto del cual éste es su texto, centrando mi exposición en dos cuestiones para mi muy relevantes en aras a entender la significación que el cuerpo tiene en las sociedades actuales y en la escuela y por lo tanto en buena parte de nuestros alumnos y alumnas, en esos cuerpos socializados y socializantes: el consumo y el papel que el conocimiento juega en la configuración de una cultura física y corporal concreta.

2.- El conocimiento experto y científico

Abordar la construcción del conocimiento - de los saberes - socialmente legítimos, se ha ido convirtiendo en una prioridad en mi práctica educativa. Si en líneas anteriores describía *grosso modo* la concepción y experiencia corporal de mis alumnos, debo decir que en esta tienen mucho que ver las imágenes, mayoritariamente compartidas, acerca de cuál es el conocimiento válido. Su extremado empirismo, su celo cuantitativista y cierta fetichización del dato se relacionan con las visiones exclusivamente biológicas e individualistas sobre el cuerpo. En realidad de lo que se trata es de una sacralización de la ciencia y del conocimiento experto que impide con demasiada frecuencia que se replanteen sus apriorismos, sus concepciones e ideas previas. Su cuerpo es un cuerpo biológico e individualizado, un proyecto personal que puede ser controlado gracias a los avances de expertos, tecnólogos y científicos de diversa índole. Por mi parte, añadiría que gracias fundamentalmente al consumo, aunque sobre esta cuestión volveré más tarde, de momento

creo conveniente detenerme en reflexionar acerca de cómo se han ido construyendo esas ideologías sociales dominantes sobre el conocimiento válido que tan relevante resultan en la configuración de la cultura corporal del alumnado.

La modernidad – unida inevitablemente a la idea de progreso y de industrialismo – supuso el advenimiento del pensamiento secularizado como estructurador de conductas y decisiones en oposición al pensamiento premoderno y religioso. El hombre moderno dejó de pensar que las tormentas o la sequía eran castigos divinos y supo que se debían a cambios en la presión y en la temperatura de la atmósfera. Ya no consideró que la naturaleza se escapaba a su control sino que la ciencia le permitía modificar el cauce de los ríos e incluso ganarle terreno al mar. La modernidad implicó, por lo tanto, la consagración de la ciencia y si consideramos que este proceso de modernidad es un proceso inconcluso (Giddens, 1999; Beck, Giddens y Lash, 2001) nos resultara fácil comprender cómo en estos tiempos de modernidad - aunque de modernidad tardía - la ciencia sigue siendo central no sólo como estructuradora del pensamiento sino como legitimadora de conductas cuyas bondades o maldades ya no son proclamadas desde el púlpito sino desde el laboratorio y las consultas médicas. Y aunque los teóricos del riesgo han llamado la atención acerca de lo paradójico que resulta que frente a la confianza en la ciencia convivamos también con los temores que esta suscita *pues “ya no resulta ser fuente de solución de problemas sino que también a su vez es fuente que origina problemas”* (Beck, 1998: 204), a mi juicio la balanza parece inclinarse más hacia el lado de las certidumbres científicas y la fiabilidad y confianza que estas producen que del lado del miedo, el riesgo y la desconfianza.

Lejos de disminuir, creo que es fácil apreciar cómo el valor de lo científico ha ido incrementado su presencia, y asistimos a una extensión e intensificación del discurso cientifista y técnico en todos los ámbitos de la vida – y de ahí la novedad- sin precedentes. Más allá de su tradicional y secular presencia en nuestros propios procesos de salud y enfermedad, la ciencia aparece, por citar algunos ejemplos, en la medicalización de la alimentación y del discurso publicitario de la industria alimenticia; en la eficacia científicamente probada de tal o cual cosmético desarrollado, a su vez, gracias a la más avanzada tecnología. Se haya incluso monopolizando una industria en expansión – y extraordinariamente importante desde el punto de vista de la producción y reproducción cultural -como es la del ocio y el espectáculo y muchas cadenas televisivas tendrían serios problemas en el diseño de su programación si

tuvieran que prescindir de las series y películas sobre médicos o sobre policías forenses del más variopinto perfil. No cabe duda de que ya no son tiempos para Miss Marple o Hércules Poirot. La ciencia manda y sin pruebas de ADN, físicos que dibujen con precisión la trayectoria equívoca de una bala o bioquímicos que analicen cualquier indicio orgánico no es posible la industria del espectáculo. No es de extrañar que en este contexto cultural nuestra actitud hacia la ciencia resulte ser mucho más activa que en el pasado y no es de extrañar tampoco las resistencias a escuchar o elaborar otros discursos, lejanos del cientifista, que cuestionen las bondades de la ciencia y sobre todo las certidumbres que nos proporciona. Mucho me temo que, muy al contrario de lo que rezaba la canción, una buena parte de la población prefiera caminar, en todo caso, con un axioma – incluso aunque sea malo - y no con una duda.

En realidad, y siguiendo a Giddens, la ciencia funciona como un *sistema experto*, es decir, “*un sistema de logros técnicos o de experiencia profesional que organiza grandes áreas del entorno material y social en el que vivimos*” (Giddens, 1999: 37). Esto significa que para el profano, “*la fiabilidad en los sistemas expertos, no depende de una plena iniciación en esos procesos, ni del dominio del conocimiento que ellos producen. La fiabilidad, en parte, es inevitablemente un artículo de fe*” (ibid: 38) y nosotros somos creyentes. Por poner un ejemplo, puede que no sepamos con certeza si los ácidos omega 3 son propios del pescado o de la carne o si fuera de su “medio natural” – el pescado – proporcionan los mismos beneficios; en realidad, eso es lo de menos, la publicidad nos dice de manera explícita – aludiendo con cierta imprecisión a alguna investigación – o de manera implícita – a través de la utilización de términos y conceptos científicos- que la ciencia avala tal o cual producto de tal forma que nuestras acciones y elecciones, en este caso alimentarias, se ven condicionadas en buena medida por la confianza que tengamos en ella, que en nuestra sociedad es mucha.

Por doquier proliferan estudios y expertos que nos aconsejan acerca de qué hacer o no para envejecer menos, adelgazar más, intensificar nuestra actividad sexual, regular el tránsito intestinal, disminuir el nivel de colesterol y así hasta el infinito. Podría afirmarse que es su papel como productores de certidumbres lo que explica su potencial legitimador y muy especialmente en todo lo relativo a las ciencias médicas y de la salud – las ciencias del cuerpo por excelencia - pues hoy por hoy, “*los individuos preocupados por su cuerpo están obsesionados por la higiene y la salud y se someten a las prescripciones médicas y sanitarias*” (Lipovetsky, 2006: 58) llevándolas más allá incluso de la

consulta e incorporándolas permanentemente a cualquier hábito de vida diaria de tal suerte que se produce una deslocalización del discurso preventivo desde los centros de salud a los medios de comunicación, de los profesionales sanitarios a las estanterías de los grandes almacenes.

Sin embargo, quiero poner el énfasis en que este interés por la ciencia y especialmente por un tipo de ciencia, debe matizarse. En realidad el sujeto actual presenta una concepción netamente instrumental del conocimiento; éste está presente en cada vez más ámbitos de la vida, tal y como vengo sosteniendo, pero son las recetas prácticas las que verdaderamente despiertan su interés, *“no es la pasión por el pensamiento lo que triunfa, sino la demanda de saberes y de información inmediatamente operacionales”* (Lipovetsky, 2002:110); es la utilidad lo que le importa, y la urgencia del presente y una actitud entre diletante y temerosa hacia el futuro lo que le hace actuar, actuación que en una sociedad bajo las leyes implacables del mercado se identifica de manera extraordinaria con el consumo sobre el que me extenderé a continuación. En cualquier caso es ese valor instrumental de la ciencia y la técnica, reducidas con frecuencia a meras y vagas informaciones - a modo de lo que Simmel llamaba un conocimiento inductivo débil - lo que explica lo efímero de esas certidumbres, unas sustituyen a otras en cuanto estas han perdido utilidad o en cuando otras, siempre con el aval de la ciencia y los expertos, las desbancan. La significación que la ciencia ha tenido en la conformación de la modernidad lejos de ser una tema agotado, resurge en estos tiempos hipermodernos y se deja sentir con especial énfasis en cuanto juega un papel fundamental en la construcción de las identidades (corporales) reforzando su perfil fisiológico pero además y muy especialmente porque en el marco de una sociedad de consumo se ha producido una utilización de la ciencia como estrategia de venta que gusta en llamar “marketinización de las ciencias del cuerpo” - las de siempre - un cientifismo o seudocientifismo en curiosa relación con el consumo, ambos se extienden en la sociedad, pero el primero invade al segundo

3.- Identidades (corporales) y consumo

Parece innegable la significación que el cuerpo tiene en las sociedades actuales como un elemento esencia en la construcción del yo. Siguiendo a autores como Giddens o Beck, la modernidad implica un proceso de individuación consistente en la paulatina desvinculación de los sujetos de las estructuras comunales en un primer momento y de las

societarias posteriormente. Desde esta perspectiva, el proceso de individuación, y por lo tanto la modernidad, no ha terminado y en esta continuidad del proceso que han denominado *“modernidad tardía”* o *“alta modernidad”* en donde la individuación llega al límite, prima la reflexión que el sujeto hace sobre sí mismo y la *“biografía-hágalo-usted-mismo* o en expresión de Giddens una *biografía reflexiva”* (Beck, 2001: 30). El sujeto reflexiona sobre sí, sobre el futuro del propio ciclo vital que se presenta mucho más abierto y flexible y por lo tanto más lleno de elecciones. En este contexto, el *“quiénes”* somos se ha ido progresivamente asociando al *“cómo”* desarrollamos y presentamos nuestros cuerpos, hasta el punto que algunos sociólogos afirman que el proyecto del *yo* en la sociedad moderna es, de hecho, el proyecto del cuerpo, existiendo *“una tendencia a que éste se convierta, paulatinamente, en un elemento central del sentido de autoidentidad de la persona”* (Shilling, 1993:1) algo estrechamente ligado al mantenimiento de una imagen corporal satisfactoria. En esta lógica, el culto a la delgadez o la excesiva atención al cuidado personal, serían la expresión de la confluencia del *yo*, la autoidentidad y la imagen corporal. No es difícil conectar, en consecuencia, la autoidentidad con el estilo de vida y el consumo (Turner y Rojek, 2001). Si la satisfacción personal a través de un cuerpo bonito es ahora un ideal de masas, el *yo* está profundamente vinculado a la idea de un consumo personal ilimitado. El cuerpo se presenta como un recurso más a movilizar en el proyecto autobiográfico de la identidad (Giddens, 1991) y su reflexión no puede separarse del consumo.

En algún texto anterior (Muñoz González, 2006) analicé algunas de las prácticas tendentes a la construcción del cuerpo. Lo hice centrándome en las bases patriarcales que las sustentan desde la perspectiva foucaultniana de las técnicas disciplinarias del *yo*, y aunque en ese texto ya relacioné dichas prácticas con el consumo, no le presté la importancia que tiene por lo que sirva este trabajo como revisión del anterior. Considero necesario enfatizar la importancia del consumo en la construcción del *yo* y, por lo tanto, desentrañar su lógica y el papel real que juega en las vidas cotidianas de las personas.

El sociólogo francés Gilles Lipovetsky afirma que nos encontramos en la era de lo *“hiper”*, una fase más del consumo que denomina *“hipermodernidad”* caracterizada fundamentalmente porque este – el consumo - *“absorbe e integra partes crecientes de la vida social”* (2006:26). Se trata de un consumo dominado por lo que él llama el hipernarcisismo en donde los sujetos no consumen tanto por razones de

confrontación simbólica –por distinción – como por el simple placer de hacerlo, llegando a afirmar que *“los sistemas de representación se han convertido en objetos de consumo y todos son tan intercambiables como un coche o una vivienda. En el fondo estamos ante la expresión última de la secularización”* (ibid: 31). Si en líneas anteriores llamaba la atención sobre la intensificación y extensión del discurso cientifista y técnico que poco a poco va instalándose en todos los ámbitos, algo similar hay que decir del consumo, *“hemos llegado a un momento en el que la comercialización de las formas de vida no tropieza ya con resistencias estructurales, culturales o ideológicas y en el que las esferas de la vida social e individual se reorganizan en función de la lógica del consumo”* (ibid: 32)⁴. Es cierto que la capacidad de consumo depende en buena medida de nuestra posición en la estructura social, y que las diferencias de clase se dejan notar no sólo en el *“cuánto”* sino también en el *“qué”* y el *“cómo”* consumimos, pero tampoco puede negarse el *“reclutamiento”* habido entre grandes sectores de las clases populares y medias; la mentalidad consumista se ha extendido y cualquier cosa es susceptible de ser consumida. Bauman lo califica de síndrome, *“un cúmulo de actitudes y estrategias, disposiciones cognitivas, juicios y prejuicios de valor, supuestos explícitos y tácitos sobre el funcionamiento del mundo y sobre cómo desenvolverse en él, imágenes de la felicidad y maneras de alcanzarla, preferencias de valor y relevancias temáticas, todas ellas variopintas, pero estrechamente interrelacionadas”* (2006: 112). Y es que el consumo, es algo más que un rasgo definidor de las economías actuales, es también una mentalidad que se va extendiendo y como tal (como mentalidad que se extiende) se deriva su carácter voraz. Esas disposiciones cognitivas, estrategias e imágenes de la felicidad a las que hace referencia Bauman constituyen la mentalidad y la lógica del consumo de la que cada vez más personas participan y que preside cada vez más facetas de nuestras vidas. Consumimos más y más, y consumimos de todo, de manera ilimitada. Se trata de un consumo emocional y psicologizado que busca el placer y el cálculo utilitario – en la misma lógica que nuestro interés por el conocimiento - y que reduce los objetos consumibles a realidades efímeras que rápidamente son reemplazadas por otras que de nuevo y de manera inmediata se convierten en viejas y vuelven a ser reemplazadas y así hasta el infinito. Y es que la lógica del consumo no se centra en la satisfacción de los deseos ni de las necesidades, sino en la producción de esos deseos y esas

⁴ Un sociólogo menos sospecho como es Zygmunt Bauman se posiciona en una línea similar al señalar que *“el mercado se introduce en áreas de la vida que se habían mantenido fuera del dominio de los intercambios monetarios hasta fecha reciente”* (2006:119).

necesidades, muchas de ellas efímeras. Bauman sintetiza muy bien esta idea al afirmar que el consumo “*narra el proceso de la vida como una sucesión de problemas eminentemente `resolubles` que, no obstante, precisan (y sólo pueden) ser solucionados por medio de instrumentos que sólo están disponibles en las estanterías de los comercios*” (ibid: 119). Esta es la lógica, una lógica basada en tres pilares fundamentales de la modernidad: el mercado, la eficacia técnica y el individuo. Frente a ella poca oposición hay puesto que en estos tiempos de lo efímero frente a lo perdurable “los individuos, privados de todo sentido de la trascendencia, tienen opiniones cada vez menos arraigadas y cada vez más fluctuantes” (Lipovetsky, 2006: 33).

Este contexto de consumo ilimitado y bienes consumibles efímeros es fácilmente leíble en los cuerpos. Frente a la razón instrumental que presidía el cuerpo productor, regulado por fábricas, médicos y escuela, impera el “*cuerpo consumidor*” que ya no es un medio sino un fin en sí mismo (Bauman, 2006) y que está regulado por el mercado quizá mucho más implacable en su regulación que las tradicionales instituciones que lo hacían. Ese cuerpo consumidor participa de los mismo deseos jamás satisfechos propios de la lógica del consumo, de una ansiedad constante y perpetua que conduce a la extraordinaria oferta destinada a él y a todo un entramado mercantil-ideológico del que es difícil escapar: cremas y ejercicios de todo tipo, alimentos que venden salud, kioscos de prensa repletos de revistas con consejos para cuidar nuestro cuerpo y de vídeos en donde alguna actriz o modelo nos enseña a practicar sus ejercicios diarios; medios de comunicación (telediarios incluidos) diciendo a bombo y platillo que Beyonce acaba de lanzar su colección de lencería, o que “*la diosa de ébano*” Naomi Campbell “a pesar de sus 37 años” acaba de desfilarse en la pasarela de Milán; horas y horas de retransmisión televisiva dedicada a mostrar el palmito – como suele decirse – de quienes asisten a estrenos y festivales de cine, fiestas y saraos de todo tipo; actores y presentadores reconvertidos en gurús de la salud y la higiene, video clips musicales en donde la imagen y el cuerpo son el medio para vender la música eclipsando a esta con demasiada frecuencia; un año más la lista de los y las más elegantes en donde una vez más, alguna mutante de la cirugía estética como Isabel Presley ocupa el número uno; entrenadores personales y nuevos tratamientos contra la obesidad, o los radicales libres; un protagonismo de la enfermedad, la grasa y la arruga sin precedentes... toda una profusión de mercancías, un sinfín de productos, marcas y servicios bajo el signo del exceso destinados a alimentar y a satisfacer los deseos y a aplacar los temores y las dudas sobre la muerte,

el envejecimiento y la enfermedad. Un culto, en definitiva, al desarrollo personal y al bienestar en donde conocimiento experto y marketing van de la mano para producir unos textos – cuerpos – en estos tiempos ciertamente febriles.

4.- Síntesis final

Mariano Fernández Enguita señala - en el que puede que sea su libro más conocido, *La escuela a examen* – que el sistema educativo a través del consumo introduce a niños y jóvenes en la sociedad civil. Argumenta que la escuela favorece el mismo tipo de dinámica y mentalidad adquisitivas y demostrativas en la medida en que las credenciales tienen un carácter eminentemente instrumental como medio para conseguir ventajas en el mercado de trabajo y en la medida también de que esas mismas credenciales se han ido devaluando y por lo tanto convirtiendo “*el consumo de la oferta educativa en una carrera individualista*” (1995: 39) alentando así la idea de un consumo sin fin.

Han pasado cerca de quince años desde que Fernández Enguita hiciera este análisis y aunque este tiempo no resulte excesivo, creo que entonces era difícil predecir no tanto el extraordinario desarrollo de la sociedad del consumo – que ya existía con toda su fuerza e influencia - sino más bien el proceso de marketinización del conocimiento, de las ciencias de la salud, del cuerpo, del culto al desarrollo personal y bienestar y del miedo casi patológico a la enfermedad, el envejecimiento o simplemente a no ser aceptados. Desde entonces muchos cambios se han producido en el sistema educativo. No me refiero sólo a las sucesivas modificaciones legislativas, que también, sino a que lejos de suavizarse las lógicas adquisitivas en la escuela, la presencia, entre otras cosas, de esos cuerpos consumidores de contextos de hiperconsumo emocional las ha dado más consistencia. Mucho me temo que así ha sido y mucho me temo también que a pesar de las dificultades para realizar predicciones acerca de la evolución en la relación consumo-escuela este seguirá intensificando su presencia en ella a través de las credenciales y a través de sus cuerpos. El consumo es voraz y en cierta medida ha homogeneizado mentalidades e invadido instituciones y la escuela y sus cuerpos no se escapan a su influjo. La primacía del cálculo utilitario, del biologicismo y del individualismo como definidor de las identidades corporales y también como definidor del conocimiento, así como la primacía del yo tecnocrático y acrítico, me llevan a sugerir la necesidad de recuperar un discurso para algunos trasnochado y centrado en el papel

de la escuela como motor de cambio. En este sentido, no creo que el debate deba focalizarse en ningún área concreta – no desde luego sólo en la educación física como a lo mejor puede pensarse - sino compartirse entre todas así como entre todos los agentes implicados en la institución escolar. A pesar de las evidencias que parecen reforzar el carácter reproductor de la escuela, es posible encontrar experiencias docentes encaminadas a modificar o a suavizar los efectos evangelizadores y colonizadores de un modelo económico-cultural como el descrito en estas líneas.

5.- Bibliografía citada

BARBERO GONZÁLEZ, J.I. (1989). “La educación física, materia escolar socialmente construida” en *Perspectivas de la actividad física y del deporte*, nº 2, pp. 30-34.

BAUMAN, Z. (2006). *Vida líquida*, Barcelona, Paidós.

Beck, U. (1998). *La sociedad del riesgo*, Barcelona, Piados

BECK, U. (2001). “La reinención de la política” en Beck, U., Giddens, A., Lash, S., *Modernización Reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*, Madrid, Alianza.

BECK, U., GIDDENS, A. Y LASH, S. (2001). *Modernización Reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*, Madrid, Alianza.

FERNÁNDEZ ENGUITA, M. (1995). *La escuela a examen*, Madrid,

Pirámide. García Selgas, F. (1994): “El cuerpo como base del sentido de la acción social” en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 68, pp. 11-39.

GARCÍA SELGAS, F. (2006). “Apuntes sobre la interdependencia entre sentido y corporalidad” en Muñoz González, B. y López García, J. (coords.), *Cuerpo y medicina. Textos y contextos culturales*, Cáceres, Cícón, pp. 23-35.

GIDDENS, A. (1991). *Modernity and self identity. Self and society in the late modern age*, Cambridge, Polity Press.

GIDDENS, A. (1999): *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza.

LIPOVETSKY, G. (2002). *Metamorfosis de la cultura liberal. Ética, medios de comunicación, empresa*, Barcelona, Anagrama.

LIPOVETSKY, G. (2006): *Los tiempos hipermodernos*, Barcelona, Anagrama.

MUÑOS GONZÁLEZ, B. (2006). “De la misoginia corporal y la perfección patriarcal. Algunas notas sobre la construcción del cuerpo femenino” en Muñoz González, B. y López García, J. (coords.), *Cuerpo y medicina. Textos y contextos culturales*, Cáceres, Cícón, pp. 85-112.

SHILLING, C. (1993): *The body and social theory*, London, Sage.

TURNER, B.S. Y ROJEK, C. (2001). *Society and culture. Principles of scarcity and solidarity*, London, Sage.